

Principios del método formulados por Spencer

UNAS PALABRAS SOBRE EL MÉTODO EN GENERAL

El método es el orden que establecemos voluntariamente en nuestros pensamientos, en nuestros actos y en nuestras empresas. «Es el camino más recto y seguro para descubrir la verdad ó para comunicarla una vez descubierta», dice M. Rousselot. La palabra *método*, en griego significa en vía; es el conjunto de medios adoptados para realizar una empresa. Sabemos que el hombre procede conscientemente, los animales por instinto. Las facultades son las que nos permiten obrar, en esta forma ellas son una manera de ser de la masa encefálica. Esta manera de ser presenta dos clases de facultades; las superiores que se manifiestan por la observación (primera forma de la vida intelectual) y las de adquisición; ambas contribuyen á formar el método, resultado de la reflexión. Es propio del hombre proceder con método, es decir, proceder por vía de la reflexión. El poder de investigar la verdad varía según el método. No habrían sabios ni ignorantes si todos siguieran el mismo método. El buen éxito de las acciones realizadas depende del método adoptado, por lo cual primero se ha de ver el fin á que se pretende llegar y luego adoptar el método. Port-Royal definía justamente el método diciendo que: «es el arte de disponer bien una sucesión de pensamientos». Entendiendo en este amplio sentido, el método se impone á todas las partes de la educación como á todas las obras humanas. El primer deber de un maestro es no ir al azar y no contar con la inspiración del momento, ni con la buena fortuna en la improvisación, sino guiarse siempre por principios con criterio é intención y según reglas fijas, en un orden premeditado y consciente. La ausencia del método es la ruina de la educación; no hay nada que esperar de una disciplina que duda y tantea y de una enseñanza incoherente y desordenada que flota á merced de las circunstancias y de las ocasiones, y que sin tener nada meditado, se deja sorprender por lo imprevisto. «Los métodos dice Telleyrand son los maestros de los maestros, verdaderos instrumentos de la ciencia; son para los maestros lo que éstos para los discípulos». A los métodos corresponde condu-

cir á los maestros por la verdadera ruta y simplificarles y abreviarles el difícil camino de la instrucción. No solo son necesarios para las inteligencias comunes, sino que el genio más creador recibe de ellos incalculables auxilios. No se trata de hacer del maestro un autómatas, ni del método un mecanismo que supla á la inteligencia y á las cualidades personales del educador. Si se recomienda el estudio de ellos, es precisamente para despojar la rutina en la enseñanza y no para introducir en ella una especie de mecánica sabia. Los métodos son instrumentos, pero los instrumentos por perfectos que sean, no son útiles, sino para la habilidad de la mano que los maneja; ellos no son reglamentos inmutables ni leyes despoticas y fijas, el maestro debe modificarlos según los resultados de su experiencia. Instrumentos manejados con tino y libertad pueden prestar grandes servicios. Concluamos diciendo que la educación y la instrucción, constituyen la profesión del maestro; los métodos de enseñanza, sus instrumentos, de la elección de éstos y de su perfección al mismo tiempo que de las aptitudes y de la consagración de aquél, depende el buen desempeño de las difíciles tareas del magisterio. No basta saber lo que se ha de enseñar, es menester, cómo ha de enseñarse. Cuando el maestro se pone á la obra, si en vez de tomar la ciencia en sus elementos más simples, la toma en los más abstractos; si en vez de seguir un solo método cambia con frecuencia, podrá dedicar mucho tiempo al trabajo, pero ese trabajo será ingrato y el terreno que se haya cultivado así sin discernimiento, no producirá ningún fruto. Los métodos son indispensables para fijar la enseñanza, pero es necesario para ponerlos al alcance del niño, proporcionarlos á su inteligencia. Así un maestro hábil no poseerá los elementos de la lectura solamente, sino que sabrá como hacerlos penetrar en el espíritu de sus discípulos. El método le indicará qué es lo que debe presentar primero al niño; bajo qué forma deberá ofrecérselo para que lo alcance y asimile; qué consecuencias deberá deducir de eso y á qué principios deberá relacionarlo. El método no traba la independencia del maestro, su pensamiento está por encima de las reglas.

Los que emprenden la tarea de formar el carácter y la inteligencia de los niños, tendrán que tener presente que han de entenderse con fenómenos muy complejos; que la filosofía del arte del maestro está todavía en sus comienzos; que los resultados obtenidos hasta ahora han de servir previamente, hasta que sean reemplazados por algo mejor; y que es un deber de todo maestro, el de aumentar la dignidad del cargo, el de considerar cada uno de los problemas que se presenten, tratando por sus propios medios de encontrar las soluciones acertadas. Trabajando así con espíritu independiente, se conseguirá al fin aunar los esfuerzos de todos, y el desempeño de la tarea se hará más fácil, más segura y agradable.

PRINCIPIOS

Al ocuparse Spencer intelectualmente, enuncia sus principios con la mira de preparar el camino para investigaciones ulteriores. En todos ellos se nota una marcada tendencia á seguir la marcha de la evolución mental de las facultades del educando y trata de asociarlas á la observación por las especulaciones científicas. Siendo un resultado de lo otro, nada más racional que adoptar ese punto de mira para las apreciaciones. Si bien es cierto que muchos de ellos han sido ya discutidos por personas que se han dedicado al estudio del delicado y trascendental problema de la educación, el tercer principio le pertenece por completo, siendo el primero que lo ha enunciado con toda la fe del conocimiento.

I.— *En la educación debemos proceder de lo simple á lo compuesto.*

Trasmitir los conocimientos arreglados al orden progresivo del desarrollo de las facultades, de acuerdo con la ley del crecimiento, pasando de lo homogéneo á lo heterogéneo.

Que en nuestra enseñanza se empiece por algunas materias de estudio y vayan adicionándose las demás, en la misma forma que la naturaleza ha adicionado á las facultades afectivas que primero se manifiestan, las otras que aparecen sucesivamente, y aumenta disciplinas. Que esos conocimientos se asimilen primero á las facultades de observación, luego á las de concepción y por último á las de razonamiento.

La mente humana crece, por lo tanto tiene ley de vida, pasar de lo homogéneo á lo heterogéneo es progresar. Hemos de proceder en esta forma, con la marcha ideal de la educación como nos indica Spencer en sus conocidas páginas «*Essais sur l'éducation*», convencidos de la verdad, de que todas las facultades en su germen, aparecen á la vez en el espíritu del niño, pero que adquieren toda la fuerza si llegan á su madurez más que unas después de otras. A ello se adapta este orden riguroso que debe tenerse en cuenta; está por otra parte relacionado con la manera como se han ido desarrollando las ciencias.

Los primeros conocimientos que sirvieron de base fueron sumamente sencillos y recién con el desenvolvimiento de las facultades del hombre y el estudio continuo llegó á convertir, lo que primero fué un acopio de observaciones, en una verdadera ciencia, habiendo descubierto las leyes y estudiado las causas á que están sometidos los fenómenos observados.

La geometría tuvo por origen las mediciones del terreno, el primer paso dado en las matemáticas fué el contar los dedos, el primero de la música, el canto de los pájaros y la voz humana.

Así, en la enseñanza empezaremos por lo particular que ello es interesante y fácil; los hechos atraen, uno asiste á ellos, los com-

prende ó cree comprenderlos; lo general es árido y difícil porque suprime los hechos en los cuales reside todo el interés y los reemplaza por una fórmula abstracta; es la muerte en lugar de la vida.

Si se muestra á un niño dos tubos de vasos comunicantes; se vierte en ellos agua y se le hace observar que el agua sube en los dos tubos á igual altura; esta observación le divertirá; si se reemplaza el agua por alcohol, vino ó por otros diez líquidos, él observa el mismo fenómeno y este fenómeno le interesará siempre. Si en lugar de mostrarle esos hechos se le enuncia la ley del equilibrio de los líquidos, esta ley le fastidiará simplemente.

Entre tanto á fuerza de acumular nociones particulares sobre hechos particulares, su número concluye por aumentar indefinidamente; la curiosidad hábilmente excitada, puede encontrar grata ocupación, pero á la larga resulta cierto entorpecimiento originado por la acumulación de las riquezas, el espíritu se pierde entre ellas sin sacar partido, á menos de un hilo conductor que le ayude á guiarse. Después de muchos hechos particulares se experimenta un placer intelectual una vez descubierta la semejanza entre ellos para hacer la generalización. Parece que hay necesidad de placer en descubrir la identidad en la diversidad, la unidad en la pluralidad, en relacionar un hecho ó una noción ya adquirida, con otro hecho, con otra noción y en sentirse capaz de percibir sus relaciones. Hay más que un placer, hay un alivio para el espíritu en el descubrimiento de esas identidades del compuesto.

Aprovechemos pues la sabia enseñanza de este principio y acomodemos la educación intelectual al desarrollo sucesivo de las facultades. Será pues progresiva y no se olvidará que el espíritu en su lenta evolución, no es jamás idéntico á sí mismo, que hay edades para la inteligencia como para el cuerpo, que las disposiciones primitivas se renuevan y transforman poco á poco. En consecuencia la educación será proporcionada á las condiciones de la naturaleza, á los cambios que se realicen en el alma y acompañará al espíritu en todos sus progresos, siendo como dice Spencer:

«La correspondencia objetiva del desarrollo subjetivo del espíritu».

II. — *Proceder de lo concreto á lo abstracto.*

Este principio es considerado en cierto modo, como una repetición del anterior, pero Spencer lo ha formulado creyendo dar mayor claridad á las ideas.

Las fórmulas generales que comprenden grupos de detalles, si bien es cierto que sirven para simplificar sus conceptos por la reunión de varios hechos en uno solo, no facilitan las ideas de los niños, porque una generalización no es simple sino respecto del conjunto de fenómenos que abarca. El niño necesita conocer primero los hechos particulares que representan lo concreto, después se procederá á formar la generalización que es lo abstracto, con el objeto de facilitar el recuerdo. La enseñanza á veces viola este principio. Mu-

chos textos de gramática, comienzan con definiciones tergiversando el orden como ella se ha formado.

Siguiendo un procedimiento lógico debe principiarse por los elementos de la definición y después vendrá ésta abarcando los elementos analizados.

En la práctica de la educación debe seguirse en lo posible el mismo orden como la ciencia se ha formado. Las leyes que comprenden una serie de fenómenos observados, las han formado los hombres después de un estudio atento y detenido de los mismos hechos; y análogamente debe procederse tratando lo abstracto después de lo concreto.

Lo concreto generalmente es conocido, lo abstracto desconocido, ej.: el niño conoce el vidrio (concreto), é ignora su dureza, fragilidad, maleabilidad, etc. (abstracto).

A primera vista, parece que hubiera gran dificultad en el pasaje de lo concreto conocido á lo abstracto desconocido. Esto quiere decir que no se debe abordar un asunto de estudio, hasta que el grado inmediato anterior haya sido alcanzado y conquistado; pero es menester tener cuidado en no dejar entre los dos, de no omitir ningún intermediario; si se salta por encima se establece una solución de continuidad, una interrupción de la hilación de las ideas y el espíritu queda desorientado.

La curiosidad del niño no encuentra ningún alimento en las abstracciones y solo tiene alimento insuficiente en las generalidades; pues que ella no es despertada más que por la sensibilidad y la imaginación sensible.

Las ideas generales que juzgamos simples y que lo son para nosotros en comparación con la masa de ideas particulares que comprenden, tienen para los niños un carácter completamente opuesto; un carácter de complejidad en el que tienen trabajo para reconocer nociones numerosas pero aisladas, que pueden haber adquirido aquí y acullá. Además el carácter abstracto de esas ideas, las fórmulas áridas y secas de que están revestidas, los rechazan en vez de atraerlos. Sin embargo, si no parecen estar desde temprano inclinados á la abstracción, generalizan pronto y de buena gana, es pues una tendencia innata de la que se debe aprovechar.

III. — *La educación en el niño debe seguir el mismo orden que la humanidad considerada históricamente.*

En otras palabras:

«La ciencia debe producirse en el individuo lo mismo que se ha producido en la especie humana».

Son dos razones sobre las que se apoya esta doctrina. Una se deduce de la ley de trasmisión hereditaria. Si es exacto que los hombres se parecen en lo físico y en lo moral y que ciertas manifestaciones mentales como la locura, idiotez, se producen en miembros sucesivos de una misma familia y á una misma edad y

si el hecho así observado é ilustrado es exacto con relación á toda la naturaleza, sin excluir la inteligencia, se deduce que habiendo un orden en el cual la humanidad ha adquirido sus diversos conocimientos, deberá haber en el niño una predisposición para adquirir esos conocimientos en el mismo orden que facilitará la educación, conduciendo la mente por la misma vía que ha seguido el espíritu de la humanidad.

Esta regla proclama la preferencia por el método inductivo, porque la base de todas las ciencias han sido series de inducciones, observaciones en la astronomía, comparaciones en la biología, experimentaciones en física, etc.

El resultado de estos procedimientos ha servido para formular las leyes que repretan la síntesis elaborada por el análisis. Toda deducción parte de una verdad elaborada por vía inductiva.

Los progresos científicos se verificaron cuando se aplicó el método inductivo.

Diversas interpretaciones se han dado á este principio, lo cual ha motivado una serie de discusiones. Unos han creído que Spencer pretendía que en la enseñanza deben de reproducirse todas las dificultades, errores, vacilaciones y rectificaciones, por las cuales han pasado las ciencias antes de llegar á su estado actual. Si así fuera, la vida de un hombre sería insuficiente para seguir toda esta evolución y lo más probable es que no llegaría á disfrutar de la luz que de ella se irradia.

No; lo que Spencer ha querido decir, es que la enseñanza debe dirigirse por la misma senda recorrida por la civilización en la convicción de que en el niño debe haber una predisposición natural á seguir el mismo orden observado por ella en virtud de las leyes de la herencia.

Wickersham en su libro «Métodos de Instrucción» establece también que en la investigación y estudio debe seguirse el mismo orden para la naturaleza que descubre sus verdades; formula la concepción de que los conocimientos se hallan dispuestas por capas sucesivas, de tal modo, que es imposible llegar á la inferior sin antes atravesar las primeras.

Cuando en la enseñanza de los idiomas extranjeros se principia por el aprendizaje de las reglas gramaticales ó se pasa muy rápidamente á ellas; y cuando en las escuelas se pretende enseñar prematuramente las reglas que rigen el idioma nativo, se sigue un procedimiento completamente contrario al establecido por este sabio principio de Spencer que está completamente fundado en la teoría de la evolución.

La gramática considerada como ciencia ó como arte, se ha formado después que el hombre ha poseído su idioma.

Ella constituye un conjunto de reglas á las cuales se ha llegado por una serie de inducciones.

Al observar la marcha de la naturaleza, se ve que el hombre antes de poseer conocimientos organizados, al principio no tiene más que una serie de observaciones y como un premio de su constante y larga labor, llega á poseer una ciencia.

El niño después de unos pocos meses de vida empieza á hacer el aprendizaje de su idioma y á muy corta edad posee un número de palabras suficientes para expresarse, y va enriqueciendo su vocabulario paulatinamente, sin que para ello haya tenido que intervenir la gramática, puesto que ella no es un punto de partida, es un medio de perfeccionamiento.

Así también, el hombre fué músico y fué poeta antes de conocer las reglas de estas artes. Siguiendo pues el riguroso orden lógico tal como el niño durante los primeros años de su existencia aprende el idioma materno y luego en la escuela efectúa su aprendizaje de gramática, principiando por las reglas más sencillas para terminar con las más complicadas, en la enseñanza de los idiomas opino que debería implantarse el mismo sistema, presumiendo de que se obtendrían resultados más halagadores que los presentes. Se sabrían menos reglas pero más idiomas. Y como en ésta, en toda la enseñanza en general debe seguirse el mismo método histórico que ha seguido la humanidad.

IV.—*En cada rama de la instrucción procédase de lo empírico á lo racional.*

Antes de que las ciencias actuales fuesen tales, en un principio no fueron más que un conjunto de conocimientos empíricos nacidos de la observación vulgar. Luego se fueron organizando, estudiando las causas á que respondían y el estudio atento y minucioso trajo la explicación racional de los fenómenos observados.

Cada ciencia se ha desarrollado en el arte correspondiente.

La explicación científica que puede darse hoy á las drogas vegetales, en un principio fué completamente empírica, y aún cuantas plantas indígenas los naturales aplican con éxito, sin conocer la naturaleza del principio activo al cual deben sus propiedades medicinales.

Siguiendo pues este orden natural en la educación, los primeros conocimientos transmitidos son empíricos y después cuando el desarrollo de la mente lo permita, se transformarán en racionales porque comprenderán la relación de causa á efecto.

Los niños que viven en las capitales ó ciudades importantes, conocen la aplicación del tramway eléctrico, automóviles, trenes, teléfonos, etc., empíricamente, y recién cuando cursen grados y estudios superiores conocerán las maravillas de la electricidad y del vapor.

La aplicación que los niños hacen de las palabras en un principio es empírica. Sabemos que las usan al acaso y recién con más preparación hacen de ellas una explicación racional.

Así pues, debemos conformarnos con enseñar las cosas empíricamente para luego pasar á lo racional en la misma forma que lo hace la naturaleza. Enseñar las cosas á medias, que el transcurso del tiempo y educación las completen más adelante. No guiarlo primero á lo racional sin haber pasado por lo empírico, porque los

razonamientos demasiado apresurados fatigan el espíritu y pueden anularle para siempre, si van demasiado lejos le estorban y dañan, si son inherentes le turban y deforman.

V.—*En la educación debe favorecerse el desenvolvimiento espontáneo.*

El niño guiado, sostenido pero dejado en libertad de movimientos por lo menos en apariencia, descubrirá por sí mismo lo que debe saber ó creerá descubierto, lo que para el caso es lo mismo. Veamos cómo procede espontáneamente. Encuentra un objeto, una flor, un fruto, un trozo de madera y lo muestra. Enséñesele primero su nombre, enseguida alguna de sus cualidades, color, dureza, peso; por sí mismo él aplicará esas nociones á otros objetos á los cuales le parecerá que convienen.

Ayúdesele un poco, hágasele notar otras cualidades que al principio no había apercibido y que tienen alguna relación con las que ya conoce: como la belleza en relación con el color y forma; la impenetrabilidad con la dureza, y el interés crece de más en más y de más en más, el espíritu trabaja.

El institutor no tiene más que seguir las indicaciones de la naturaleza. Este es el procedimiento llamado *eurístico* y por el cual el niño es conducido á encontrar por sí mismo las cosas que se le quiere enseñar. Este procedimiento presenta una doble ventaja; en primer lugar satisface la necesidad de actividad que está en él, y que es contrariada cuando el maestro habla y piensa por él; y en segundo, permite á éste juzgar de sus aptitudes y de sus preferencias intelectuales.

La observación diaria nos demuestra que el niño es capaz de por sí aprender muchas cosas, principiando por el idioma materno que adquiere solo. Está dispuesto á la actividad porque él todo lo quiere saber, hace uso de sus juguetes y después llega á romperlos, por la natural curiosidad de saber su contenido.

Cuando ingresa á la escuela aporta un pequeño capital de conocimientos adquiridos por su observación y si ha tenido la cooperación de un padre inteligente estará en mejores condiciones para proseguir su educación.

Por otra parte, debemos reconocer que los progresos de la humanidad son debidos á su instrucción propia y para alcanzar los mejores resultados, cada inteligencia debe trabajar y progresar algo de la misma manera, lo que se prueba diariamente por el éxito notable que alcanzan los hombres que se han formado por sí mismos. Los conocimientos que se obtienen en las ciencias son el resultado del trabajo de los hombres que han seguido desenvolviendo y descubriendo lo desconocido, merced á su propia dedicación.

Aprovechemos esa incesante actividad con que el niño observa indaga y deduce, no le apartemos de los hechos que á él le interesan. De modo pues que haciendo uso de una predisposición natural que nace con el sér en la enseñanza, se tratará de que el niño haga lo más

posible, diciéndole lo menos que se pueda. El maestro deberá servirle de guía, debe conducirle por el campo más rico en hechos observables, é inducirle á descubrir, sin decirle, lo que el mismo puede adquirir.

Pestalozzi está perfectamente de acuerdo con este principio cuando dice: «No decir al niño lo que él puede descubrir por sí solo».

El esfuerzo propio del niño le demostrará lo que es capaz de hacer, le inspirará confianza en sí mismo, le hará nacer el placer al trabajo y le enseñará que en la vida el que más hace tiene más derecho á una recompensa y por lo menos tendrá una satisfacción moral.

VI. — *En la educación debe producirse una excitación agradable.*

Al tratar este punto dice: «Los instintos intelectuales del niño merecen más confianza que nuestros razonamientos»; por eso cuando surge la duda de eficacia de procedimientos, él aconseja poner en práctica lo que conduzca á la mayor satisfacción de los educandos.

Cuando en la práctica los niños muestran disgustos para tal ó cual asignatura, con toda seguridad, es debido á los malos procedimientos empleados por el maestro.

La actividad espontánea á que los niños se sienten inclinados, tiene por objeto buscar los placeres que produce el ejercicio saludable de las facultades, y cuando esos ejercicios requieren las facultades ya desarrolladas, no hay violencia por parte de los niños; pero cuando se requieren otras que aún no están en condiciones de manifestarse, experimentan disgustos; por eso en la práctica debe tenerse en cuenta el grado de desarrollo que éstas han alcanzado, para elegir ejercicios que mejor convengan. El maestro debe tratar por todos los medios posibles, de que el niño encuentre en la escuela un deleite que fortalezca su espíritu, que tenga una atracción hacia ella; que el ir á la escuela constituya para él una necesidad.

Para conseguir tal resultado, debe presentarse en una forma simpática, ser jovial, ameno y recto en sus apreciaciones.

Si se tratara de transformar el trabajo en un juego y el estudio en diversión, toda persona sensata debería oponerse.

La empresa sería irrealizable, en vano disfrazar á la vista del niño, las letras del alfabeto con bonitas imágenes; un momento viene en que la imagen se desvanece y el alfabeto queda monótono y cansador como antes. No es esto lo que pide Spencer y los maestros de la pedagogía moderna. Si se recuerdan las tradiciones de la escolástica, si se piensa en el aparato del estudio de otros tiempos, en las formas pedantescas de la enseñanza, en la crueldad de la disciplina, se explican las quejas vehementes y las protestas justificadas contra la antigua escuela.

El estudio es por sí mismo bastante penoso, para que se vaya como por placer á hacerlo más repulsivo.

Por el contrario, es necesario buscar los medios para endulzar su amargura y quitarle su aridez en cuanto sea posible; pero mucho

más obrando sobre el espíritu del niño que esforzándose en modificar la naturaleza misma del estudio.

La inteligencia no obra sino bajo la influencia de algún móvil, el más eficaz es sin duda el placer, causado por la acción misma; toda la fuerza de que el espíritu dispone se lleva hacia el ejercicio que causa este placer.

Pero este placer no debe ser ni tumultuoso, ni muy intenso, bajo pena de producir un resultado opuesto al que se desea alcanzar, desviando el espíritu de su objeto.

Si por su naturaleza permite aumentarlo poco á poco, valdrá más un débil principio con un acrecentamiento regular que no sea muy absorbente para el espíritu, pues es el mejor estimulante para las facultades intelectuales.

Para aumentar aún el campo del espíritu sin riesgo de llegar á un exceso pernicioso, podemos empezar por el lado negativo, es decir por el dolor ó la privación que haremos disminuir poco á poco en el curso del trabajo, hasta que al fin sean reemplazados por la alegría de un placer creciente.

La excitación agradable en la medida de lo deseable es útil, debe estar al servicio de la atención, ayudar á la concentración del espíritu sobre un trabajo, objeto al cual queda limitada; si no sirve para fijar el espíritu y si en vez de eso lo disipa, es peligrosa y produce un efecto completamente opuesto al que se espera.

La verdadera exactitud que conviene á un asunto dado, es la que nace de ese asunto, la que á él se refiere y la que á él se limita.

Lo que es necesario, lo que quieren los maestros de la pedagogía, es suprimir el sufrimiento inútil sin alcance moral, es aligerar el fardo, sin hacerlo desaparecer del todo de los pequeños hombros que deban soportarlo; y luego cuando hayamos hecho que la sala de clase sea confortable, animada y alegre, cuando hayamos amueblado con un material variado, cómodo y agradable á la vista, el niño cesará de asociar la idea de escuela á la de un sitio de penitencia.

Todo lo que regocija la imaginación facilita el estudio.

Por su parte el maestro moderno, más comunicativo que el antiguo, mezclándose á sus discípulos, animando la clase con su movimiento, con su palabra, con su mirada, completará ese primer resultado en cierto modo material.

Esforcémosnos pues, nosotros los maestros, conduzcamos la educación por el sabio derrotero marcado por Spencer y podremos algún día brindar á nuestra patria centenares de mentes y corazones que educamos; corazones y cerebros que la venerarán y respetarán.

MARÍA DEL ROSARIO MORÓN.